

den, se rien de su sencillez con bufonadas é irrisiones tan amargas como frecuentes; y ansiosos de ostentar una superioridad de talentos imaginaria, sacrifican de propósito á las vergonzosas ilusiones de un ciego amor propio el interés sagrado del estado, y sus mismos principios; de modo que, aun dado que no fuesen los hombres más insensatos, todavía, juzgándolos por su misma doctrina serian los mas inconsiguientes y malvados.

Mas aun quando en obsequio del bien público renunciasen á su miserable vanidad filosófica; aun quando consintiesen en mezclarse en nuestros templos con el vulgo, no podrian disimular bastantemente sus verdaderos sentimientos para que el pueblo no los conociese. No está en las manos del hombre el violentarse hasta este punto. Por mas que el incrédulo componga su exterior, mida sus palabras y modere sus movimientos, jamás se equivocará con un cristiano, y se le parecerá tanto menos cuánto mas rectitud y delicadeza conserve su alma; porque hay en la hipocresía un no sé qué de vil, que repugna invenciblemente á todo buen corazón. ¿Ni cómo el vago motivo de la utilidad general, que solo él toca indirectamente, alcanzaria del filósofo lo que la fe, aun con todas sus amenazas, premios y esperanzas, no alcanza siempre del fiel? Añadid á estas consideraciones el tedio y la mortificación inseparable de unas prácticas que se tienen por ridículas, y el orgullo secretamente irritado, y no dudeis en manera alguna que el *desprecio interior*, de que habla Gibbon, no se descubra bien pronto á su pesar en medio del *respeto aparente*. Al punto renacen los inconvenientes que acabo de exponer. El pueblo advertirá que se le mira como con lástima y desprecio, y no tardará en avergonzarse de una Religion que le humilla: y luego que se persuada que ella es la herencia de la imbecilidad y de la ignorancia, ¿pensais que le lisonjeará mucho este patrimonio?

Filósofos: ¡ó hablad menos de la dignidad del hombre, ó respetadla mas! ¡Cómo! á nombre de la razon, exaltando con énfasis sus derechos imprescriptibles, condenais friamente á mas de las tres cuartas partes del género humano á ser el juguete necio de la impostura! Mostraos mas generosos para con vuestros hermanos; dejad que lleguen hasta ellos algunos rayos de esa luz, de cuya posesion tanto os

jactais. Pero no está en vuestras manos el impedirlo; porque, observadlo, si se necesita tener virtudes, y por consiguiente fuerza para ser religioso, para ser incrédulo no se necesitan mas que pasiones, y por consiguiente flaqueza: el corazón se deja llevar por esta senda con todo el peso de su corrupción. ¿Mas os imagináis que abandonando la Religion al pueblo, y diciéndole que es un freno necesario para él, se apresurará á recibirle, dejandoo á vosotros las riendas? Verdaderamente, veo que eso seria de gran comodidad. El se abstendria de gozar del mundo por vosotros, y vosotros gozaríais por el: pero en este cálculo ingenioso habeis olvidado dos cosas, que no eran de olvidar; á saber, el orgullo y la concupiscencia. Aun quando fuese una opinion admitida que la Religion no es mas que un cebo, ó engaño con que se entretiene al pueblo, ¿quién querrá ser pueblo é imponerse obligaciones penosas para adquirir la lisonjera reputacion de necio? Tomando cada uno por modelo la clase superior á él, tratará de ensalzarse y elevarse á ella no creyendo, y no dejará de repetir con un tono desdeñoso que la Religion es necesaria al pueblo. Los grandes la dejarán con desprecio á los magistrados, los magistrados á la clase media, esta á los artesanos, los artesanos á los simples menestrales y jornaleros, y estos á los últimos mendigos ó pordioseros, cuyo menosprecio experimentará tambien. Esta hija del cielo, semejante á aquellos mensajeros divinos, de que se habla en nuestros santos libros, extranjera en medio de la sociedad, y buscando en vano en ella un lugar de reposo, se verá reducida á sentarse sobre las piedras de las plazas públicas, rodeada de una multitud mofadora, que se avergonzaria de ofrecerle hospitalidad y asilo.

Apelo á la experiencia: ¿qué es lo que ha introducido la irreligion en las chozas y cabañas? ¿el raciocinio? no, sino el ejemplo contagioso, la verguenza de parecer crédulo. Esta, junta con la licencia de costumbres, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Y cierto que la filosofia es demasiado confiada si ha llegado á prometerse seriamente dividir el género humano en dos clases, de las cuales una creyese para seguridad de la otra, sin recibir mas premio que el desprecio, y la otra se riera de lo que la primera respetaba por complacerla: una que

no reconociese mas obligacion que satisfacer sus apetitos, y otra que renunciase á sus inclinaciones por obedecer á obligaciones quiméricas; de modo que de una parte se encontrase, juntamente con la independencía, todo lo que el hombre puede desear en la tierra, y de la otra todo cuanto teme y aborrece, con la esclavitud de las preocupaciones, sin mas compensacion que el menosprecio. ¿ No es en verdad una feliz y acabada combinacion? ¿ Qué delirio! sin embargo, esto es lo que se cree, y se admira con preferencia á la verdad. Pero la naturaleza, cuyas leyes no varían al gusto y capricho de las pasiones, refuta muy pronto de un modo terrible esas teorías que el orgullo humano quiere oponer al orden eterno. Aquí los hechos hablan, y bien alto, para hacerse oír de los mismos que cerrarian los oídos á la razon. Si hubiese alguno que tuviese la triste y miserable arrogancia de celebrarnos las religiones políticas en medio de las ruinas de la fe, de las costumbres, y de la sociedad, todas estas ruinas levantarían juntas á un mismo tiempo la voz para confundirle. Así la Religion es indispensable en su sistema, y admitiendo este sistema, la Religion no puede subsistir. Deduce tú, ó lector mio, y medita la consecuencia.

Pero concedamos á los indiferentistas políticos lo que pretenden; admitamos que la Religion es un error, la moral otro, y veamos lo que de esto se seguirá. Por su confesion misma, estos errores son necesarios á la sociedad. Ahora bien, el hombre no se conserva sino en el estado de sociedad, pues solo en el estado de sociedad se desarrollan y desenvuelven sus facultades intelectuales, se eleva sobre los brutos por el ejercicio de su razon, el cultivo de las ciencias, y la práctica de las virtudes. Por otra parte el error no existe necesariamente; pudo ser ó no ser inventado, y es solo el producto contingente de lo que se llama casualidad: luego es preciso inferir:

1º Que la sociedad es un puro efecto de la casualidad, y que, según todas las apariencias y verosimilitud, el género humano debió perecer al nacer, pues que no ha podido perpetuarse sino con el auxilio de una invencion fortuita y casual, infinitamente menos probable que la de los globos aerostáticos; porque en fin, esta es la aplicacion de leyes ciertas é inmutables, cuando la primera no

tiene conexion con cosa alguna real, ni otro fundamento que la imaginacion.

2º Que según las leyes de la naturaleza, que no son mas que la expresion de las verdades eternas, ó de las relaciones necesarias de los seres, la sociedad no debia establecerse, ni el género humano perpetuarse; y por consiguiente que la verdad es destructiva de la sociedad y del hombre.

3º Que el desenvolvimiento ó desarrollo de estas facultades intelectuales, ó el ejercicio de su razon, que solo tiene lugar en estado de sociedad, es opuesto á la naturaleza, ó como se expresa Rousseau, que « el hombre que » piensa es un animal depravado¹. »

4º Que todo lo grande y noble que hay en el hombre, sus luces, talento, ingenio, sus virtudes son el producto del error: consecuencia tan absurda que el mismo Diderot sienta y establece como principio la proposicion contraria. « El error de derecho, dice (ó el error de la doctrina), influye en toda criatura racional y consecuente, y » no puede dejar de hacerla viciosa². »

5º Que la perfeccion del hombre, y su existencia misma está fundada sobre la violacion de las leyes naturales; el conocimiento de la verdad en la persuasion del error; en fin... ¿ qué sé yo? porque los absurdos se complican y multiplican en términos que no es posible computarlos. Y sin embargo, es preciso ó admitirlos todos, ó renunciar á la lógica, ó abandonar el sistema de donde se deducen y derivan necesariamente. Y ¿ habrá quién vacile en esta alternativa? ¿ Es posible que la razon se condene voluntariamente al tormento de creer, no digo ya lo que no puede comprender, sino cosas cuya imposibilidad conoce claramente? ¿ Qué hay en esta credulidad estúpida y degradante que pueda lisonjear su orgullo? Cualquiera que en fisica imaginase una teoría fundada en contradicciones tan palpables, excitaria la risa y el desprecio general: ¿ y es posible que las contradicciones muden de naturaleza, y se conviertan en pruebas cuando se trata de

1 *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes.*

2 *Essai sur le Mérite et la Vertu, part. 11, sect. 3.*

trastornar las obligaciones y destruir la Religión? En el sistema que examinamos es imposible que la Religión sea verdadera; en el mismo sistema es imposible también que sea falsa: una de estas dos proposiciones es su fundamento, la otra su necesaria consecuencia: ¿qué diremos pues? ¿cómo desembarazarse y salir de este laberinto sino negando la razón misma, y transformando ó convirtiendo los absurdos en motivos de creencia? Soy cristiano, y me glorio en serlo; pero lo declaré expresamente, renunció al Cristianismo, desapruebo su doctrina en el instante que se me muestre que mi fe se apoya sobre una base tan humillante.

No puedo menos de ofrecer aquí al lector una reflexión, que le suplico medite seriamente. Al escribir este capítulo no me propuse, ni mi intención ha sido probar la verdad de la Religión; únicamente he querido refutar un sistema particular de filosofía; y por lo mismo la consecuencia inmediata de todo lo que se acaba de leer es, que la Religión es necesariamente verdadera, pues, que es un absurdo evidente el suponerla falsa: tan cierto es, que no se puede pensar en la Religión, ni tratar de ella, ni considerarla bajo cualquiera aspecto, sin que su verdad brille de un modo tan admirable, claro y evidente, cual á veces no se podría esperar. Millares de caminos diferentes van á parar al mismo término, mil raciocinios diversos terminan en la misma conclusión; de suerte que en la casi infinita multitud de pruebas que concurren á establecer la verdad mas importante, no hay un solo hombre, por limitados que sean sus alcances y talento, que no descubra con facilidad la que le conviene, la que le estaba, por decirlo así, destinada por la Providencia, con tal que la busque, y no emplee todos sus esfuerzos en rechazarla.

Reasumiendo pues las reflexiones expresadas en este y el anterior capítulo, se ve:

1° Que la doctrina de aquellos para quienes la Religión no es mas que una institución política, únicamente necesaria al pueblo, es una doctrina destructiva de la sociedad, porque lo es de la Religión, sin la cual se concede, y se confiesa que la sociedad no puede subsistir.

2° Que esta doctrina es absurda y contradictoria: en primer lugar, porque supone que no podría haber socie-

dad sin Religión, y que la Religión no ha podido ser inventada ni establecida sino en una sociedad ya existente: y en segundo lugar, porque de ella resulta que la sociedad, que es por su naturaleza un estado necesario, es antinatural ó contraria á la misma naturaleza, una invención casual y fortuita, una institución arbitraria fundada en el error, y que no subsiste sino auxiliada por el mismo error: que segun las leyes inmutables del orden, y las relaciones que se derivan de la naturaleza de los seres, el hombre no debía conservarse; así que, su existencia es contraria á la naturaleza, sus deberes y obligaciones lo son igualmente; contrario á ella el desarrollo de la razón humana; y contraria también á la naturaleza la virtud: que la verdad es una causa de desorden y muerte, y el error un principio de perfección y de vida: en fin, que es imposible que la Religión sea verdadera, y al mismo tiempo es imposible que sea falsa.

3° Que este sistema, como que no permite considerar las diversas Religiones y la Religión en general sino bajo un punto de vista puramente político, se apoya por consiguiente en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religión. Refutar pues la doctrina fundamental de la indiferencia, será combatir por sus bases, y destruir por los cimientos este sistema particular.

Y á vista de todo esto ¿no tendré derecho para terminar la discusión intimando á los contrarios, ó que abandonen sus principios, ó prueben que no se siguen de ellos las consecuencias que, como he manifestado, naturalmente se deducen? Mas no: sé cuanto le cuesta al hombre el reconocer que se ha engañado, y que por mucho tiempo lucha contra esta dolorosa convicción. Lo que espero, y lo que únicamente pido es, que despues de haber meditado las reflexiones que anteceden, los filósofos á quienes se dirigen, se paren á dudar y sospechar que es posible haberse engañado, y que la Religión no sea una invención humana. Esta simple duda les impone la obligación de examinar: como criaturas racionales están obligados á ello, pero mucho mas diciéndose filósofos. Porque al fin ¿qué es lo que ellos echan en cara mas amargamente al pueblo? Que cree sin exámen, por hábito, y por preocupacion. ¿Y será decoroso, ni prudente, ser in-

crédulo en los mismos términos en que se tiene por un absurdo el ser creyente? El pueblo á lo menos en sus preocupaciones se reserva la esperanza; y aun cuando por imposible se engañase, si fuera necesario elegir entre este sentimiento celestial y divino, y las sombrías y desoladoras luces que no alumbran sino para entrever la nada, la suerte del Cristianismo siempre seria infinitamente mas feliz.

CAPÍTULO IV.

Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del país en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.

Obligados algunos filósofos á modificar el sistema anterior por los absurdos, y perniciosas consecuencias que de él se deducen, han inventado una nueva teoría de indiferencia; pero aunque menos audaz y atrevida que la primera, no es mas satisfactoria, y en breve haremos ver que no puede sostener el mas ligero exámen. Ni aun se concebiria como ha podido producir ilusion en tantos espíritus, si por otra parte no supiésemos la vergonzosa facilidad con que el hombre admite toda especie de opiniones, cuando estas lisonjean sus apetitos, favorecen su preocupacion, y alientan sus pasiones.

Juan Jacobo Rousseau es sin contradiccion el mas sagaz defensor y promotor de esta doctrina que vamos á combatir; y por lo mismo creemos que no podremos proceder mejor que valiéndonos de sus palabras para exponerla; porque además de ser menos árido este método que el de un simple análisis, alejará de nuestra parte toda sospecha de infidelidad al presentarla.

Ante todas cosas hagamos ver en que se diferencian los principios de Rousseau de los adoptados por los filósofos que hemos refutado en los capítulos precedentes;

porque este cotejo ayudará mucho al lector para formarse una idea clara y distinta de unos y otros.

El sistema de los *indiferentistas políticos* envuelve en sí el ateísmo, y trastorna y da por el pié á todas las obligaciones y esperanzas del hombre. Rousseau mira la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de la otra vida como dogmas sagrados y verdades incontestables; y aun se indigna de que se las quiera combatir¹.

1 Sabido es ya que el odio de d'Alembert y Diderot contra J. J. Rousseau no tuvo otro motivo que el no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios: *¿Sabeis cuál es mi delito con ellos, y para ellos?* le dijo varias veces á M. Anglanier de S. German, á quien se dirigió desde Bourgoin el 9 de noviembre de 1780, y el que nos lo ha dejado consignado en una carta suya fecha en Grenoble á 10 de febrero de 1783: *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en él.* « He sabido, continúa el mismo Anglanier, por otro conducto fidedigno que M. Rousseau agasajado y lisonjeado por Diderot y d'Alembert, se indispuso irreconciliablemente con ellos, por haberse negado con indignacion á impugnar la existencia de Dios. ¿Qué hombre sensato no se hubiera tenido por feliz en tener por enemigos á unos hombres entregados á un designio tan criminal y nocivo á la sociedad? Pero su flanco era el temor de ser aborrecido aun de los malos: ni la estimacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le consolaban entónces, etc. — Lamentemos la desgracia de este talento malogrado, obligado en fuerza de sus principios, á contradecirse á sí mismo siempre que el amor á Dios, y á la virtud de que tanto se gloria, le obligaban á raciocinar rectamente. Pero observemos que de ahí viene tambien el peligro de sus doctrinas, y el escándalo que causan sus escritos. « El entusiasmo de la Francia, especialmente de las mujeres, dice Projart (*Louis de trone, etc., pág. 81*), por las producciones de este solista, si debió mucho al natural seductor y á la pompa de su estilo, no por eso deja de acusar la corrupcion de costumbres de su tiempo. » Era necesario que fuese esta muy profunda, pues que daba todavía cierta reputacion de probidad y de virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complácido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó, y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una persona inocente; en fin, al libertino, que pretende que el maestro á quien se confia la juventud, puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, asi como él, sin dejar de ser justo y estando apasionado por la moral pura, llenó las casas de expositos con el fruto de sus amores adúlter-